

TENEBLOR

# y otros relatos

Fabricio Esperanza

Ilustraciones: Mauricio Micheloud



Fabricio Esperanza es un periodista cordobés que transitó su profesión en distintos ámbitos: trabajó como docente por más de diez años, se desempeñó en radio, televisión y diversos medios gráficos. Según sus propias palabras: “Casi todo, o por lo menos lo más importante sobre el periodismo, lo aprendí en la cantina del gremio de prensa, lo cual me hace adherir al viejo precepto de que periodismo es la pausa entre dos tazas de café”. Actualmente, se desempeña en el área de prensa del gobierno de la provincia de Córdoba y colabora con el diario Día a Día para su página dominical de cine. Pero, el olfato y la sensibilidad propia del periodista siempre estuvieron en él, como una marca indeleble de su vocación.

La lectura y el cine también son sus pasiones. Quizás de ahí se desprenden estos relatos. Con la percepción de periodista, con la minuciosidad de un lector, y la capacidad de crear escenarios de un cineasta, el autor va construyendo sus historias en un perfecto y eficaz entramado.

Esposo de Mónica, papá de Lautaro y Faustino, hinchado fanático de Instituto, después de haber plantado muchos árboles en los últimos años, con “Temblor y otros relatos” Fabricio publica su primer libro.

Edición digital de "Temblor y otros relatos"  
de Fabricio Esperanza, con ilustraciones de  
El Esperpento, Ediciones de la Terraza, 2012.

Se invita a copiar, compartir y distribuir con  
libertad, citando siempre la fuente y los  
autores y prestando atención a la licencia CC  
con la que la obra está publicada.

Los otros libros de Ediciones de la Terraza  
pueden leerse gratuitamente en la web:  
[edicioneslaterraza.com.ar/portfolio](http://edicioneslaterraza.com.ar/portfolio)



# Temblor

y otros relatos

Fabricio Esperanza

Ilustraciones: Mauricio Micheloud



Esperanza, Erman Fabricio

Temblo y otros relatos / Erman Fabricio Esperanza ; ilustrado por Mauricio Andrés Micheloud. - 1a ed. - Córdoba : Ediciones De La Terraza, 2012.

106 p. : il. ; 22x16 cm.

ISBN 978-987-28164-0-7

1. Narrativa Argentina. 2. Relatos. I. Micheloud, Mauricio Andrés, ilus. II. Título  
CDD A863

Fecha de catalogación: 30/05/2012

Copyright: Fabricio Esperanza

Primera edición: Junio de 2012

Diseño de tapa e ilustraciones: Mauricio Micheloud

Edición: Vanina Boco

Diagramación: Bárbara Couto

### **Ediciones de la Terraza**

Córdoba, Argentina / [www.edicioneslaterraza.com.ar](http://www.edicioneslaterraza.com.ar)

[edicionesdelaterraza@gmail.com](mailto:edicionesdelaterraza@gmail.com)



El valor comercial de este libro es la suma de los costos de su producción, impresión y distribución más una retribución igualitaria para el autor y los editores. Sin embargo, nuestro objetivo editorial es compartir la obra libremente y colaborar con la construcción de una cultura cada vez más colectiva y solidaria. Es por eso que “Temblo y otros relatos” de Fabricio Esperanza, al igual que las ilustraciones de Mauricio Micheloud se encuentran bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina. Para consultar por otras atribuciones no dudes en escribirnos a [edicionesdelaterraza@gmail.com](mailto:edicionesdelaterraza@gmail.com).

Impreso en Argentina - Queda hecho el depósito que prevé la ley 11.723

A Mónica, por todo.

A Lautaro, por hacerme gozar y sufrir  
una clase de amor que creía imposible.

A Faustino, por todas las preguntas  
que deberá responder.

A Pichi y a Cristina. Espero que el muro  
esté a la altura de la base que cimentaron.

A Natalia, Sebastián y Florencia.

Por la clase de personas que son.

Por sus manos incondicionales.

A la tía Mari, por inculcarme la lectura.

Y a Sampacho, pueblo al que mis recuerdos acuden  
con fascinación, nostalgia, enojo, remordimiento,  
dicha, inquina. Un pequeño rincón del mundo  
que me tiene, aún, por siempre, en vilo.





# Índice

Temblor	9
25 días	37
Ausencias	75
Cadenas	79
Coraje	83
Pasaje abierto	95



SAMPACHO

A SU HIJO DILECTO

3 5 1980



# Temblor

Apenas pasando las dos lomas, viajando en dirección a Cuyo, los techos de las casas, y sobre ellos las antenas inútiles, se asoman como un vestigio sepia de un pasado sórdido. Salvo por ese par de leves serpenteos del terreno que rodean el perímetro del pueblo, el resto es una superficie plana y somnolienta.

Sobre esas tierras semiáridas,

que mantienen algo de humedad por las aguas estivales, el ranquel vio languidecer su existencia en un lapso que los ancianos hubieran considerado corto. El puntilloso trabajo de las tropas enviadas por Roca y Alsina, y el semen rabioso y contaminado del foráneo, borraron del mapa al indio que caminó por los guadales de la Sampa-Pacha. ¿Cuántos sacudones les habrá llevado nombrar, con la lógica despojada de aquellos que no conocían el cielo cristiano, Sampa-Pacha, “la tierra que tiembla”, a ese llano inquieto?

Para el italiano, el español y el austríaco, mantener unidas las tres sílabas de Sampacho fue un deber, luego de que los fortineros del San Fernando le pusieran, de prepo, ese nombre más decente a la empalizada que calzaron a mazazos sobre las vizcacheras y al mangrullo enclenque que espiaba, según la orden del señor capitán, a la salida o a la puesta del sol.

Nunca hubo acuerdo, entre los que quisieron discutir sobre el tema, si los temblores debían ser motivo de orgullo para los residentes o un recordatorio espasmódico de que se está sobre terreno maldito. Los temblores de Sampacho son de Sampacho. Y de ningún otro lugar.

–Rejunte de pelotudos.

Así describió a los parroquianos un viejo peón que supo trabajar en las chacras de la zona. Apoyado sobre el mármol ocre de un bar que ya no existe, enseñó:

–El suelo avisa que hay que aparearse.

Y aseguran los gringos que fue lo último que se escuchó de su boca. Lo dijo una semana antes del temblor mayor.

Y quizá tenía razón. Después de cada movimiento, todavía hoy, en una época que adolece de pasiones, a los hombres les sube un ardor en la entrepierna y las mujeres gimen por una fiebre que calman con paciencia y sudor de macho. Acaso por eso, nueve meses después del 11 de junio de 1934, cuando en la cerrada noche de otoño Sampacho se estremeció y la mitad de las casas se vino abajo, en la zona se replicaron los llantos de críos. Cuando vibra, es tierra fértil para los nacimientos, Sampacho.

—General, vamos a proceder.

—Proceda.

Pedro Eugenio Aramburu nació en Sampacho.

Leo estas líneas ahora, mientras las olas de una playa embravecida rompen contra las piedras pariendo una bruma que se parece mucho a la muerte. O a como yo pienso que debe ser la muerte: una neblina densa que obliga a deambular eternamente, tirando manotones sin encontrar nada más que vacío.

Yo misma soy hija de un temblor. Mi vieja solía contar que, cuando mi cabeza coronaba, las luces de la sala comenzaron a moverse, y pensó que era un efecto del esfuerzo por el parto. Y aunque lo comprendí algunos años después, desde ese instante incorporé a mi vida una escala que se rige por la violencia de las oscilaciones y la pérdida del equilibrio.

Casi siempre repto por el piso.

El hecho de contar lo que van a saber ahora configura, probablemente, un acto de traición. Quiero dejar en claro que esta introducción no tiene mayores aspiraciones que la de un simple comentario. No es mi intención ponerme en el papel de mártir, ni que me piensen como una delatora. Se trata, simplemente, de echar todas las cartas sobre la mesa.

El tiempo transcurrido desde que se llevó adelante el operativo jugó un papel vital para que estas palabras se estén escribiendo. Hace cuatro décadas que vengo preparándome y, en ese lapso, las dudas y los vaivenes mentales me fueron mermando hasta formar una estructura que difícilmente se vea trastocada. Implicó una tarea ardua porque, en ese período de reflexión, mis pensamientos se fueron

acomodando acorde a los cambios suscitados en un país que tiene la capacidad de sorprenderte cada vez que le das vuelta la cara. Por otra parte, a los 61 años, una mujer como yo, con una enfermedad como la mía y a miles de kilómetros de distancia, sabe que todo lo que llega a partir de cierto punto es un regalo.

Conocí a Fernando en una de las periódicas reuniones que se hacían en el departamento de una estudiante de Filosofía cuyo nombre no recuerdo, y que frecuenté en esas rondas de estudio surgidas más que nada para discutir de política. El departamento estaba en Caballito, a pocas cuadras del club Ferro Carril Oeste. De Fernando me llamó la atención la tranquilidad con que exponía sus ideas, en un entorno que no le era fácil ni al más avezado lector de los teóricos de izquierda. No tardó demasiado en embelesarme con sus adornados argumentos; ¿qué más podía pasar con una chica de campo, recién llegada de un lugar donde el máximo acontecimiento era el arribo del tren?

Fernando tenía puestos, si mal no recuerdo, un gamulán marrón y unos pantalones bastante sucios. Me causó gracia el contraste entre la pulcritud del incipiente bigote que se estaba dejando y la traza desgarbada que traía.

No le fue difícil ni le llevó demasiado tiempo acercarse y apoyar su mano derecha sobre uno de mis muslos. Después de algunas miradas y varias copas, salimos a las cuatro de la mañana del departamento, cuando adentro las discusiones seguían acaloradas y afuera la llovizna inclemente mojaba Buenos Aires.

—Conozco un lugar más tranquilo —me dijo en el ascensor.

–Vamos –fue lo único que me salió.

Subimos a una renoleta blanca que anduvo zigzagueante un largo rato por las calles desoladas del onganato. Me sorprendió el trayecto que hizo para llegar al lugar, habida cuenta de que tardamos una hora y monedas, cuando podríamos haber demorado menos de la mitad. Más tarde, me percaté de que no cruzamos un solo control policial. Era una de las principales características de Fernando: su mirada ajedrecística sobre las situaciones. Siempre iba cinco pasos adelante.

Para ser honesta, aquel lugar de tranquilo no tenía nada. Era una casona vieja, repleta de gente, en Núñez. En el comedor había un grupo jugando a las cartas y en el living tres chicas tomaban vino al lado de un tocadiscos. Fuimos derecho a una de las habitaciones que estaban en la planta alta. Una pareja, desnuda, dormía sobre la única cama de una sola plaza.

–Afuera –dijo Fernando. Sin decir nada, salieron.

Cogimos varias veces.

Fue una madrugada de invierno, en el año 1969.



Yo fui la primera que lo vio salir. Vestía una gabardina negra, sobre un traje color azul oscuro. Caminaba erguido y daba la impresión de que era uno de esos tipos incapaces de cometer una felonía. Pero, nosotros teníamos bien claro que esa había sido una rutina diaria desde que entró en servicio, milico fragotero.

Lo seguí unos momentos con la mirada, a través de una de las ventanas de la biblioteca que el colegio Champagnat tenía en su primer piso. El Viejo vivía al frente, en el octavo. Antes de que doblara la esquina pude ver a Mario y al Gordo Maza que ya se le estaban acercando por avenida Santa Fe, aunque a una distancia prudencial. Me quedé un rato más haciendo que leía una edición del Martín Fierro, como para no despertar sospechas. A los diez minutos me fui.

Cuando esa tarde nos reunimos en La Central, como llamábamos a la casa operativa de Villa Urquiza que alquilaba Fernando en Bucarelli y Ballivián, incorporamos la nueva información al cúmulo de datos que desde hacía varias semanas veníamos recogiendo y ordenando. Y ese era el trabajo de Norma o Gaby o La Flaca, como ustedes prefieran. Contrariamente a la idea que me había armado en un primer momento, no era Fernando el cerebro del grupo; tampoco Mario, como siempre pretendió hacer creer a todo el mundo, sino ella. No hablaba mucho, pero cuando lo hacía imponía respeto, a pesar de su cuerpo menudo y ese rostro de colegiala que difícilmente reía. Además, nos llevaba varios años a todos nosotros. Nunca sentí celos, ni siquiera cuando supe que Fernando era su juguete.

Gaby tenía una forma de trabajar algo particular: anotaba todo en distintos papeles, que luego disponía sobre un mesón. En función de la información que había en cada uno, los pegaba con cinta o engrudo, siempre por la relación de los datos. El resultado final solo lo entendía ella, porque la asociación dependía de lo que le pasaba por la cabeza. Nadie la molestaba cuando hacía eso. Una vez que terminaba, sabíamos que tenía un esquema, y después lo compartía con todos. A partir de ahí se determinaban los pasos a seguir.

Nuestro mayor esfuerzo estuvo dedicado al relevamiento externo: las posibles vías de escape, los coches que podríamos usar, la presencia de guardias en las esquinas, los semáforos que había en el trayecto urbano, cualquier detalle

que nos alterara la carrera o, llegado el caso, la huida. La forma en que debíamos chuparlo fue variando con el paso de los días. Lo que finalmente ocurrió es una de las pocas cosas sobre las que puedo dar certeza que coincide con lo que dicen los archivos. Se decidió ir directamente a su departamento, haciendo pasar a Fernando y al Gordo Maza por dos jóvenes oficiales del Ejército que le iban a ofrecer custodia en sus salidas diurnas. Y el viejo pelotudo cayó tranquilo. Tomó como algo lógico que “sus muchachos” se preocuparan por su seguridad. Sabía que era mucho más repudiado que venerado: lo odiaban los peronistas y conspiraba contra Onganía. Si algo le faltaba, era seguridad. Hasta café les invitó a los chicos en el living. A la distancia, puedo decir que fue una verdadera estupidez. Pero como suele pasar en la historia, los grandes hechos se constituyen de pequeños detalles y de acontecimientos inverosímiles.

Los últimos días de planificación antes del operativo fueron febriles. Hacíamos de todo. Desde revisar una y otra vez los horarios y recorridos posibles, hasta pintar los vehículos que se iban a utilizar, conseguir las ropas de milico para uniformar a los chicos y acondicionar el aguantadero de Timote.

Fuimos nueve y no once, como se dice por ahí, los que finalmente participamos ese día. Y a pesar del paso de los años, no puedo olvidarme la excitación de las horas previas. Creo que entre Fernando, Mario, Carlos Ramus y yo, nos bajamos cinco etiquetas de puchos en un suspiro. Sin embargo, hay detalles que se fueron difuminando con el

correr del tiempo, pormenores que la memoria no supo o no quiso retener. No recuerdo, por ejemplo, si el sol pegaba o estaba nublado. No guardo muchas imágenes del viaje de más de 400 kilómetros que desandamos desde el punto en que lo cargamos ese mediodía del 29 de mayo de 1970 hasta que llegamos a Timote. Los trasbordos que hicimos de vehículo a vehículo para no despertar sospechas, los tengo prácticamente borrados. Y tampoco puedo traer a mi mente las escasas palabras que cruzamos entre nosotros en aquel trayecto de casi diez horas, a bordo de una pick-up Gladiator que, eso sí recuerdo, olía a aceite industrial. Un periplo nebuloso y eufórico que daba nacimiento público a la organización, mientras Pedro Eugenio Aramburu, manos sobre las rodillas y mirada perdida, viajaba callado hacia su muerte entre unos fardos de pasto.

En Historia, yo sería lo que se llama un tapado.  
No figuro en los libros. Nadie me menciona. Ni siquiera  
aparezco en esos índices de referencias que suelen agregar  
ahora en las páginas finales de los textos revisionistas.  
No estoy en boca de la gente en las conversaciones sobre  
el tema.  
No existo.  
Pero yo soy. Y sobre todo, fui.  
Puede ponerse en discusión si fui una mujer que estuvo en  
el lugar indicado, en el momento correcto, o si fui un ins-  
trumento circunstancial para un grupo de pendejos que  
tenía mucho empuje y cojones indecisos.  
No me interesa.  
La perspectiva que uno tiene sobre la vida cambia cuando

se sabe con un alto grado de precisión el momento en que va a llegar la muerte. Contrariamente a lo que sostiene la mayoría, pienso que algunas clases de cáncer dan esa ventaja: un plazo perentorio, pero suficiente para dejar las cosas acomodadas. Encontré en la escritura, por suerte, un ejercicio de distracción que al mismo tiempo me permite cumplir con el objetivo de saldar estas deudas. Deudas, aclaro, que no le pertenecen a nadie más que a mí. Son saldos personales.

No me tracé un plan de redacción ni mucho menos, y eso está a la vista, creo que las verdades se cantan mejor cuando salen espontáneas; pero sí quiero ser prolija para no crear malentendidos. Por eso, releo estas páginas en las noches, una y otra vez, siempre desde el principio. Y en esas lecturas me encuentro con la misma sensación, esa de pertenecer a un país irreal, que nunca existió y que toma cuerpo solo cuando se lo menciona. Cada acontecimiento, cada muerte, derrota, logro, conspiración y todo lo que en apariencia lo conforma, no son otra cosa que un abanico de sueños o pesadillas, según cuándo lo piense.

En esa mescolanza, en ese país novelesco, me siento como marioneta manejada por un titiritero borracho.

Únicamente en los atardeceres es cuando lo siento más cerca, más palpable. De espaldas a la playa, el sol se esconde por entre medio de unos montes bajos, y entonces recuerdo mis incursiones infantiles por el cerro de Suco. A un océano de distancia, medio siglo después, lo que me viene a la cabeza es mi pueblo y sus alrededores.

Como para certificar que, de una u otra forma, los temblores no me dejan en paz.

–General Aramburu: usted está detenido por una organización revolucionaria peronista, que lo va a someter a juicio revolucionario.

Me sé de memoria (aunque pasaron muchos años desde que lo leí por última vez), el relato de Mario publicado en la revista La Causa Peronista. Exponiendo una verborragia planificada y detallista, le dio forma a una historia de varias páginas que derrocha seguridad y autosuficiencia. En alguna biblioteca me topé con un ejemplar, bastante bien conservado, solo para desgarrarlo en mil pedazos. Impulso trivial, después de todo.

Como cuenta Mario, con esas palabras Fernando inició el proceso al fusilador del 56, apenas llegamos a la estancia La Celma, propiedad de la familia Ramus, en el

paupérrimo y silencioso Timote.

Palabras justas, medidas, directas, sin miramientos.

Un carajo, le dijo. Ninguno de nosotros se atrevió a decir nada, y fue el propio Aramburu quien rompió ese silencio cobarde, con un pedido acorde a la situación bizarra que se había montado en aquel lugar, en ese momento: quiso ir al baño. Después de unos minutos, y todavía en el más absoluto mutismo, Mario lo guió hasta la habitación que se le había preparado para pasar lo que serían sus últimas horas de vida.

Recién a la medianoche, cuando no quedó otra que enfrentar la situación, tuvimos que dominar los demonios, cualquiera fuese el que cada uno haya concebido, para someter al Viejo a interrogatorio sumario; era la hora de escuchar sus argumentos para todos los ataques y traiciones al pueblo que había cometido, ejerciendo el poder o desde las sombras. Aunque, claro, con el veredicto decretado de antemano. El objetivo real era la venganza y arrancar de cuajo la posibilidad de mantener un gobierno al servicio de los terratenientes, los empresarios vendepatria, los capitales extranjeros y el verde oliva. Sabíamos que se había propuesto –y el zorro lo iba a lograr– incorporar el peronismo a la corruptela oligarca imperante. El milico iba a cooptar a peronistas que de peronistas solo tenían los pelos del culo, y le iba a ofrecer al pueblo la vuelta de Perón. Quería mostrarlo en una vitrina como un souvenir, y entonces todos dirían que Aramburu había unificado el país. Ni en pedo.

Y no por Perón, ojo. Yo, por lo menos, me cagaba en Perón.



Pero eso, aquí, no viene al caso.

El pretendido juicio se asemejó más a una escena de teatro de bajo presupuesto que a un acto de justicia libertaria. El Viejo estaba en la cama, atadas ambas manos por delante y vestido con una camisa desabotonada hasta la mitad. Podía verse cómo las manchas de la vejez le salpicaban la parte superior del pecho. Un estado bastante indigno para alguien que se jactaba de la pulcritud y las buenas formas, y que durante toda su vida había sido un cultor de los protocolos del gorilaje. Frente a él, Mario y Fernando tomaron la posta con las preguntas, mientras Carlos Ramus y yo –porque Gaby había quedado en Buenos Aires–, entrábamos de vez en cuando para escuchar, dubitativo, al tipo que fue el cerebro inmisericorde de los acontecimientos del 55 y del 56.

Es interesante, otra vez en perspectiva, dar cuenta aunque sea en solitario de cómo lo que se imprime en los libros se aleja de lo que en realidad aconteció. El escriba de los hechos se recuesta en la pereza que otorga la tranquilidad: en la soledad de un escritorio se basa en documentos, entrevistas, declaraciones oficiales, titulares de diarios. Y en ocasiones, como ocurrió luego de lo que pasó con el Viejo, es ayudado por crónicas redactadas de mano de los mismos protagonistas. Y si los protagonistas tejen una red de mentiras y omisiones, la historia queda escrita en letras de molde y, a partir de allí, cambiarla resulta una quimera.

Yo no pretendo cambiar demasiado. No quiero masividad para estas páginas. Reniego de la prensa que todavía tiene

Mario, del aura que se creó alrededor de las figuras de Fernando y de Gaby. Desmiento el papel histórico relevante que se le dio a la organización. Resisto el embelesamiento que los rebeldes de remera de hoy le calzan a la lucha armada de ayer. Maldigo al mercenario hijo de puta de Galimberti.

Tampoco busco una absolución.

Lo único que intento es obtener una paz que hasta ahora no consigo ni avizoro. Y, por añadidura, que el piso deje de moverse. Morir despojada de la tortura de los mareos sería, para mí, premio suficiente.

Aquella habitación olía a moho. Si quisiera algo de vuelo literario para este relato, probablemente quedaría mejor escribir queapestaba a muerte. Pero, en primer lugar, eso no es verdad, solo se respiraba humedad; y en segundo lugar, creo que la cursilería no tiene cabida en un epitafio.

El Viejo estaba sentado en la cama, con la espalda apoyada sobre la pared. Miraba un punto fijo, y cuando entré ni siquiera giró la cabeza para verme. En una bandeja de madera le traía unas rodajas de pan acompañadas de un trozo de queso y un vaso con agua. La dejé sobre la cama, a un costado.

–Coma algo, general. En ninguna circunstancia es bueno tener el estómago vacío –le dije con neutralidad suiza.

Recién ahí fue como si se percatara de mi presencia. Me observó unos segundos y después dirigió la mirada hacia la bandeja. Respiró largamente en el silencio sepulcral de ese espacio claustrofóbico, y con un ademán torpe de sus manos atadas hizo una seña de negativa.

–Usted habla cantadito, niña –dijo– Tiene una tonada que me es familiar.

Sonreí, no por su comentario, sino por el recuerdo de los recreos escolares. No sé cómo llegué a eso.

–Nacimos en la misma tierra, general. No lo tome como un halago, aunque desconozco cuanto tiempo pasó usted en ella.

–¿Río Cuarto?

–Sampacho. No reniegue de los pueblitos.

Se quedó en silencio, como esperando que yo continuara el diálogo, pero me quedé callada, de pie, a un par de metros. Quería dejarle claro que mi posición era dominante. Creo que nunca se dio por enterado de mi intención.

–En Sampacho abundan dos cosas: el agua salitrosa, y los temblores –susurró–. En el 34 hubo uno. Uno grande. Murió gente.

–No murió nadie. Y las casas que se derrumbaron eran construcciones viejas.

Se encogió de hombros ante mi respuesta. No sé qué otra cosa esperaba yo en esa situación. Quizá una frase lúcida que me asombrara, a lo mejor un arranque de furia, bien a lo milico, o un improbable escupitajo en la cara. Cualquiera cosa hubiera sido mejor que la profunda resignación que representaba aquel despojo. Tiene poco

de revolucionario someter un cuerpo mustio.

Así nos quedamos un largo rato: yo de pie frente a un vestigio de lo que alguna vez había sido verdugo; y él sentado en una cama mugrienta, con los pies colgando a centímetros del piso, frente a una mujer que, por algún absurdo designio del destino, estaba a punto de enajenarse para siempre.

–General, el tribunal lo ha sentenciado a la pena de muerte. Va a ser ejecutado en media hora.

La voz de Fernando sonó grave entre aquellas cuatro paredes. Si hasta dio la sensación de que un eco casi imperceptible se encargó de repetir el veredicto, duplicando como un carbónico esa escena sacada de alguna página de Kafka.

El Viejo no dijo nada. No hubo palabras grandilocuentes acerca de jóvenes impulsivos que estaban a punto de derramar sangre. Tampoco diatribas contra el marxismo amenazante. Simplemente bajó la cabeza, y se limitó a un brevísimo movimiento de negación, que no pude descifrar si fue un dejo de fastidio o una dosis homeopática de entereza. De cualquier manera, el Viejo no hizo nada más a partir de ese momento.

Era de mañana ya. La claridad se asomaba por los resquicios de las ventanas, y a lo lejos se escuchaban los gallos en la soledad del campo. Pasó más de una hora desde que se le comunicó su pronta ejecución hasta que finalmente Fernando tomó impulso. Lo que siguió en los minutos siguientes y hasta llevarlo abajo se apegó a lo narrado por Mario en La Causa Peronista, y que todo el mundo cita. Fernando le amarró nuevamente las manos, y el Viejo pidió por favor que le atáramos los cordones de los zapatos. Cuando preguntó si podíamos afeitarlo no hubo respuesta de cortesía, solo un no inapelable y seco. Fernando lo fue guiando por la casa hasta la entrada del sótano. Siempre en silencio, bajamos Fernando, Mario, Carlos Ramus y yo hasta ese espacio minúsculo y reducido. La ausencia de sonidos externos era tal que las respiraciones sonaban atronadoras en el cuartucho. Fernando le pidió a Mario que subiera a golpetear una llave para ahogar el ruido de los balazos. Recién cuando todos estuvimos ubicados, nosotros en una apretada formación de tres y el Viejo un par de metros al frente, fue cuando Pedro Eugenio Aramburu, milico conspirador, representante de la oligarquía rancia, ejecutor de asesinatos cobardes por mano de otros y notable fabulador del imperialismo, pidió un confesor con la voz entrecortada.

—Imposible concederle tal petición —le respondió Fernando.

—¿Qué le va a pasar a mi familia? —imploró el Viejo.

—Su familia no es de nuestro interés —dije yo, y todos me miraron.



La voz me salió tajante, áspera. Traté de encontrar, a lo largo de los años, alguna explicación más o menos plausible de por qué estuve ahí, por qué dije eso y, finalmente, qué fue lo que me llevó a los actos posteriores. Al no tener éxito, un día cualquiera decidí que algunas cosas no requieren de motivos: sencillamente uno las hace. Y punto.

–General, vamos a proceder –dijo Fernando.

–Proceda –respondió el Viejo.

Debo decir que la quimioterapia no ayuda demasiado. Entre la calvicie, los vómitos y los escalofríos, prefiero dejar que el cáncer multiplique las células malignas todo lo rápido que quiera. No se trata de coquetería, pero me parece mejor morir con algo de pelo y un poco más de kilos.

Hace unos días que los dolores empeoraron. Y a pesar de que es un deseo intenso, no creo poder presenciar otro otoño en mi pueblo.

—¿Y ahora? —dijo Mario.

Nadie respondió. El cuerpo hacía rato que estaba tirado en el sótano, tapado con una manta a esa altura totalmente teñida de rojo, como el piso y las paredes.

Fernando seguía sentado en una banqueta, mirando hacia la nada. Le temblaban las manos con la misma intensidad que al intentar disparar sobre el cuerpo del Viejo. Intuí que algo andaba mal en él cuando apuntó, porque primero levantó el brazo, lo bajó un segundo después, y luego volvió a subirlo. Yo no tenía nada de experiencia en eso de liquidar generales carteludos, pero supuse que si se quiere ejecutar a alguien, lo primero es estar convencido. El tiempo que transcurrió mientras Fernando lo encañonaba no sé si fue mucho o poco. En aquel momento, a mí me pareció

una eternidad. El impulso de arrancarle el arma de las manos no fue por fervor revolucionario, ni por un envión justiciero, ni en nombre del pueblo. Lo único que quería era terminar con esa circunstancia.

Desplomado en el banquito, Fernando interrumpió su respiración agitada:

–Estamos jugados.

El acuerdo se cerró en que ellos iban a darle forma a la versión de cómo fue ejecutado, a través de los comunicados de la Orga y de notas posteriores. Y que yo, sin abrir la boca, me perdiera por un tiempo.

Después de esos días, la persecuta se hizo más intensa, y en varios cerrojos estuve a punto de caer. Apenas pude salir del país, vía Paraguay, y de ahí hasta México. Fue en Veracruz, leyendo un diario local, cuando me enteré de las masacres de Fernando y del resto de los chicos, del falso asesinato de Gaby, de la carnicería irrefrenable. Tiempo después recalé en esta isla del Caribe, y decidí que sería mi lugar de residencia. Acá, a nadie le importa un carajo nada, salvo tomar sol y daiquiris.

En diciembre del 83 regresé a la Argentina, pero no encontré a ninguna de las personas que busqué. Que no eran muchas, aclaración válida si se toma en cuenta que no me interesaba ninguno de los que quedaron en pie de aquellos días. Me fui y volví varias veces aunque fueron, a la corta, viajes sin sentido, caminatas por un sendero farragoso del que difícilmente se podía sacar algo, cualquier cosa, que valiera la pena.

En el año 1998, en uno de esos viajes, yendo para Men-

doza por tierra, pasé por Sampacho. La instantánea estaba intacta, anclada, pasando las dos lomas.

Dejé el auto a un par de cuadras de la ruta, y caminé por ahí. Al llegar a la plaza, me detuve frente a un busto bastante mal hecho. La cara del Viejo es apenas un acercamiento. Si no fuera por la placa de bronce, nadie se daría por enterado de quién se trata. Era en algún momento de la siesta, y la única persona que pasó por el lugar fue un anciano que miró con extrañeza cómo alguien, con semejante calor, podía estar parado frente a esa escultura leyendo lo que decía el recordatorio: “*Sampacho, a su hijo dilecto*”.

El anciano se detuvo a mi lado.

–Es Aramburu –me dijo.

–Ya sé –le contesté sin mirarlo.

Siguió caminando hasta perderse detrás de la esquina.

Cuando retomé la ruta, por el espejo retrovisor se iba achicando hasta desaparecer una doble línea de casas que alguna vez fueron mi lugar, y que cada tanto son sacudidas por los temblores.

Los temblores sí, siguen siendo míos.

A las 8.15 de la mañana del 1 de junio de 1970, maté a Aramburu de cuatro tiros. Tres fueron al pecho, con una 9 milímetros; el restante a la cabeza, con una 45. Y a pesar de que nunca había disparado un arma, en ninguno de los estampidos cerré los ojos.





# 25 días

## DÍA 14

• Consta en registros históricos de la corona española que José Ignacio Azcuénaga y Maciel revistó en los ejércitos reales hasta la edad de 26 años. No consta en ningún lado, pero esto fue narrado por él en algunas tertulias desatadas, que sin disparar un solo tiro ni combatir ningún combate desertó, cruzó los Pirineos, y subió

hasta la ciudad de Lyon. Allí, bajo el nombre de Jean-Claude Fevre, con audacia y entusiasmo robó a comerciantes, estafó a desprevenidos y acaso asesinó.

José Ignacio Azcuénaga y Maciel se vino a la Argentina en una de las tantas oleadas migratorias que llegaron de la Europa virulenta, desvencijada, hastiada. Pero, a diferencia de los fantasmas que desembarcaron en el puerto de la otrora Santa María del Buen Ayre, surcó las aguas del océano Atlántico vestido de caballero. El desertor le adjudicó toda responsabilidad al destino su arribo a este país levantado con las sobras rancias de un continente cansado. Optó por dejarle las riendas a la suerte para traer sus huesos, en tiempos en que la opción era un lujo extremo.

¡Vamos!, ningún miserable de aquella masa fabricante de hedores corrida por la hambruna y la miseria hizo lo que hizo José Ignacio Azcuénaga y Maciel una mañana de resaca; con pulso terremotado y lengua pastosa de borracho, señaló con el índice un punto en el mapa y dijo simplemente: “Aquí”. Y selló el resto de su vida, sin reproches ni quejas.

José Ignacio Azcuénaga y Maciel llegó al Mar Dulce de aguas turbias arrastrando un baúl repleto de sombreros; también trajo seis cofres cargados con oro que supo cambiar, inteligente, por tierras, ganado y peones. Y supo agrandar, en las llanuras de la Pampa y en la inmensidad de las estepas patagónicas, las distancias que a partir de allí le pertenecieron: sumó leguas y caballos, ovejas y vacas, construyó corrales y levantó alambrados, y se hizo llamar patrón. El patrón mintió, con paciencia, su don de gentes.



Rico y poderoso, compró por el módico precio de una amenaza a María López Terán, una muchacha criolla de 15 años a la que primero desvirgó, después casó y en dos décadas le hizo 13 hijos.

A José Ignacio Azcuénaga y Maciel le llegó un momento, ya entrada la vejez, en que la fortuna le provocó aburrimiento. Intentando aplacar atardeceres de tedio y mañanas interminables, hizo de la traición un pasatiempo. Dedicado, pulió métodos, practicó modos, y se volvió un experto.

En un día de abril del año 1924, dicen que frío, reunió temprano a su mujer y a sus hijos en la sala de su casona afrancesada, les sirvió una copa de brandy a cada uno, y delante de ellos se reventó la cabeza de un tiro.

“Me cago en Dios”, dicen que dijo, antes de apretar el gatillo.

Tan solo el número y la llave de una caja de seguridad bancaria es lo que queda de la fortuna de los Azcuénaga. La prole que continuó con el árbol genealógico se encargó, y lo bien que hizo, de dilapidarla en putas y apostando alto en malas jugadas de póquer.

Creo que es de noche. Me duelen las articulaciones.

Tengo llagas en todo el cuerpo y se me caen las uñas.

Mi estómago devuelve lo poco que ingiero.

Hace 14 días que estoy secuestrado, y a decir verdad, me importa un carajo.

Yo también, me cago en Dios.

## DÍA 15

¿Cuántas veces se habrá levantado, allá en las nieves de Trevelin, después de las andanadas de lonjazos del viejo, la María Terán? ¿Cuántos gemidos tuvo que silenciar, roja la espalda por los pellizcos del cuero, para que el hijo de puta se diera por satisfecho, y se desplomara vencido por la grapa y el cansancio? ¿Y cuántas veces tuvo que domesticar el temblor de sus brazos para levantarlo del barro helado, limpiarle el vómito, quitarle las costras de mugre, bañarlo, y acostarlo hasta el próximo amanecer?

Muriel, en las noches estrelladas, contaba que a la María la salvaron los callos de las rodillas. Esos callos, según Muriel, fueron esculpidos a fuerza de rosarios, cincelados cuenta por cuenta en la capillita de troncos levantada a escasos cien pasos de la casa principal, y que el viejo ateo le construyó a su esposa para que lamiera las cruces.

“La fe te lleva de la mano”, recitaba Muriel. “Y a la María la salvó la fe”, se convencía.

En las orillas arboladas del lago Futralaufquen, apretando un crucifijo que alguna vez había sido de su hermana muerta por la fiebre, un día la María se dispuso cambiar el renglón de su destino que dictaba el castigo diario de rigor. Y a la tarde siguiente, cuchillo en mano, esperó al viejo pecador en la tranquera de la estancia. Cuatro horas lo esperó, mientras el viento que bajaba de la cordillera le quemaba los pliegues de la cara. Cuando el viejo se apeó del caballo, María lo miró a los ojos por primera vez en su vida, y sin darle tiempo, le mostró la hoja filosa que cente-

lleó con el último sol del día. Quizá el viejo intuyó que no se jode cuando una hembra le pierde el miedo a la fusta; quizá el pedo que tenía le quitó reflejos. El amo y señor de siete estancias, 110 mil hectáreas, mataderos y propiedades en la Capital, se dejó llevar mansamente hacia los corrales por una mujer que tenía un cuchillo en la mano y un hueso en el corazón.

Nadie supo qué pasó en ese rincón inundado de bosta. Pero, desde aquella tarde, la descarga de latigazos que llovía rutinariamente sobre el lomo de la María, fue a parar al cuerpo reumático y doblado de la madre de Muriel. También, rutinariamente.

La madre de Muriel, chilena retobada, domaba en su juventud machos de todo tipo, en los corrales y en el catre. “La vieja no tenía virtud”, decía Muriel. “Mi madre no era portadora de la fe”, suspiraba, entre mates. “Por haber nacido para burro de carga y por abrirse de piernas frente a las vergas pringosas de los esquiladores, fue que no pudo aguantar esa clase de castigo; un castigo que solo las devotas pueden soportar”.

Muriel tenía pocas certezas. Esa era una.

La madre de Muriel apareció colgada de un árbol, en pe-lotas, a las diez de la mañana del día siguiente en que el viejo dejó para siempre las tierras patagónicas y se fue a vivir a su casona de Buenos Aires. Muriel llegó dos años después. “Cuando ya era mujer”, aclaró ella misma, con su sonrisa desdentada, en el ocaso de su vida.

En las dos décadas y media que vivió en Buenos Aires, a María Terán se la conoció como “la Cornuda”. A diferencia

de las viejas adineradas que en cada reunión social ejercitaban admirablemente la hipocresía, María prefería quedarse en la casona preparando estofados para sus hijos, y tejiendo ropas que, al fin y al cabo, nunca serían usadas. De vez en cuando, a María le gustaba salir a caminar por el puerto de Buenos Aires, y se perdía entre la gentuza para escuchar a los estibadores hablar en cocoliche. Se reía, la María, al presenciar las discusiones a gritos de las bestias analfabetas. Solo continuaba la caminata cuando alguno lanzaba un “¡Cristo!”, a modo de insulto. “No debe usarse el nombre del hijo de Dios para zanjar una pelea”, explicaba Muriel, que solía acompañarla en esos paseos esporádicos.

La María se agachó y se levantó por el viejo una última vez en aquella Buenos Aires que exudaba peste. Ocurrió después de que el revólver le hiciera estallar la cabeza, cuando ella misma se encargó de limpiar el charcal de sangre que se dibujó en el piso.

Lo que le quedó después, a la María, fue paréntesis.

María López Terán, esposa de José Ignacio Azcuénaga y Maciel, madre de 13 hijos, falleció de un síncope el 12 de septiembre de 1930, y el personal de servicio de la casa la encontró en el altillo, alertado por el olor a podrido que comenzó a invadir ese lugar desolado. Ninguno de sus hijos vivía ya con ella. Solo uno, Constanza, fue a su entierro.

Muriel me contó la historia, susurrada, mientras me arropaba antes de dormir.

Nada me importaban sus 80 años o el aliento a muerto

que escapaba de su boca en cada palabra. En la fragilidad de las noches púberes, me gustaba pensar que ese tipo de roñas son las que hacen de una familia algo consistente.

Hoy no comí nada.

## DÍA 16

Cuando el 19 de enero de 1938 se leyó en la portada del diario La Nación el nombre de Ataliva Ignacio Azcuénaga y Maciel, la Argentina ya era un lodazal infecto. Y no porque el guampudo de Uriburu, escudándose en su ignorancia, le haya dejado servido el poder a un tipo cuyo comportamiento resultaba, mínimo, la antítesis de su apellido; hay que convenir que Justo por lo menos fue coherente: empezó como basura y terminó como tal. No. La Argentina ya no tenía remedio porque a esa altura estaba llena de argentinos. Aunque se trata de un hecho comprobado, nadie puede atribuirse semejante frase. Eso a pesar de que varios intelectuales carroñeros nacidos en países tan oprobiosos como este la ventilaron, palabras más, palabras menos, en artículos periodísticos, en prosas cargadas de vanidad o en charlas de salón.

Ataliva se llamaba Ataliva por uno de los hermanos del general Julio Argentino Roca, corrupto como solo un Roca podía serlo; el segundo nombre provenía de su padre: desertor, asesino, millonario, suicida.

Su foja de servicios, como todo “sobredotado” amoral, tenía en el haber claroscuros a los que nadie se animó a alumbrar demasiado. Sobre todo a sabiendas de la certera puntería de sus dos zumbos, que solían aceitar haciendo blanco en los ocasionales anarquistas que, de tanto en tanto, movían el avispero entre la peonada de los campos o en los mataderos de la familia.

Que Ataliva fuera sensación por su aparición fulminante

en letras de molde y en el diario de cabecera de la curia recalcitrante, no cayó bien en la porción de sociedad porteña que poseía acciones en la oligopólica industria de los frigoríficos.

Ataliva se tomó a pecho la amenaza proferida una madrugada de juerga, cuando después de ir perdiendo lo que traía encima, mandó al diablo todo atisbo de reserva y puso sobre la mesa los papeles de propiedad de la planta de Avellaneda. Hay que aclarar que el de Avellaneda no era un simple matadero: era la nave insignia del imperio ganadero que comenzó a construirse encima de un barco venido de Europa.

Al darse cuenta de que había arriesgado mucho más allá de lo que valía su vida, Ataliva, que habrá sido jugador compulsivo y cagón, pero que tenía cierta clase para hacer las cosas, pidió una copa de coñac, dejó que el sabor se desparramara por su paladar hasta adormecerlo, y apoyó sobre el paño tres sietes que auguraban un futuro inmediato de huida.

Sé que es de mañana. La intensidad del tráfico es muy distinta por la mañana. Se puede sentir la mala vibra. Hay derrota, desgano, furia contenida.

En algunos minutos se abrirá la puerta. Y depende del humor de ella, él posará un jarro con mate cocido en el piso o lo derramará sobre mi rostro con algún insulto poco inteligente.

Peor que las golpizas, es la mala educación.

## DÍA 17

“No era mal tipo”, sentenciaba Muriel.

Para ella, los buenos tipos se definían por la forma en que se expresaban. “El Ataliva hablaba con adornos”, decía Muriel, dando fuerza al argumento con movimientos de cabeza.

En el caso de Ataliva, es probable que algo de esto pueda ser cierto. Los hechos, sin embargo, demuestran que lo único rescatable del cuarto hijo de José Ignacio Azcuénaga y Maciel y María López Terán, era una actuada pátina de refinación en el trato. Va de nuevo: tenía cierta clase. Por lo demás, ni siquiera sus últimas horas pueden considerarse como dignas para alguien con fama de metódico y cuyas máximas fallas, a los ojos de la moralina, eran su gusto por las vaginas baratas y los juegos de cartas.

Tres días antes de que su gracia completa fuera título del matutino de nombre patriotero, Ataliva se levantó de la silla con dificultad y casi se cae al intentar ponerse el sobretodo. Este detalle, aparentemente menor, sirve a los fines de ilustrar la decadencia heredada que arrastra un hombre cuyos orígenes se recuestan en la cobardía. Ante la mirada piadosa de las hembras que un rato antes le sobaban el pito, Ataliva se retiró de la garita con pasos cortos e inseguros, y sin los papeles que certificaban la propiedad de la planta de Avellaneda. Al subir al Ford que había estacionado a media cuadra, tenía perfectamente decidido adonde debía dirigirse.

Ataliva tenía 45 años cuando escuchó el estampido seco y,



momentos después, vio a su padre con media cabeza en forma de muñón. En el caos que siguió a la deflagración, nadie se percató de la reacción de quien era también considerado como el más inteligente descendiente del viejo Maciel: posó su copa vacía de brandy sobre la mesa, tomó la de su hermana Constanza, ocupada en limpiarse los restos de masa encefálica que le salpicaban el rostro, y se bebió de un trago el contenido. Se acomodó el traje, miró sus zapatos para asegurarse de que no tuvieran manchas de sangre, y se fue de la sala silbando un tango. En la cuarta carrera del hipódromo apostó un dineral a un caballo de su propiedad que debutaba con excelentes presagios. Para alguien que se vanagloriaba de sus instintos, fue toda una decepción ver cómo 400 metros antes de la llegada, la pata delantera derecha del animal se hacía añicos, hiriendo de gravedad al jockey y provocando una rodada bochornosa. Recién al día siguiente, en el cementerio, Ataliva cayó en la cuenta de que no se debe apostar en las carreras cuando alguien se pega un tiro.

Casi una década y media después, mientras manejaba a toda velocidad por las calles de Buenos Aires, quizá Ataliva se haya esforzado en interpretar esa mano de póquer, y quizá haya descubierto, clarividente, que cuando un hombre llega a cierto grado de omnipotencia, da lo mismo la vida o la muerte. Vaya uno a saber si fue así o si llegó a alguna conclusión que le sirviera para morir sin un sabor amargo.

El Ford fue rescatado del fondo del río un par de días después, cuando un grupo de pescadores divisó el cuerpo hin-

chado, flotando a pocos metros de un muelle maltrecho. En el artículo del diario La Nación se habla de un desperfecto mecánico, y de una vida dedicada a afianzar el imperio comenzado por su padre. En el mismo diario, fechado cinco semanas después del suceso que conmocionó a la crema porteña, se puede leer que las tres cuartas partes del imperio de la familia Azcuénaga pasaba a manos de los Mitre.

Pocos dolores físicos se igualan al de un coito forzado. Y pocos placeres se comparan a lo mismo. Adhiero a una concepción un tanto extraña del dolor para alguien que proviene de una familia en caída libre. Creo que es material de aprendizaje. Verlo de ese modo es un mecanismo de supervivencia. Bajo esa premisa, el cautiverio no tiene otro significado que el de una clase intensiva.

## DÍA 18

Constanza Azcuénaga rememoró en su diario personal, poco antes de internarse en una casa de cuidados cercana a Barcelona, a los 82 años, que la imagen de su padre bamboleándose por la fuerza del disparo la persiguió cada noche, durante el resto de su vida. Con prosa envidiable y no sin ironía, Constanza dejó asentado que tampoco se pudo sacar de las papilas el sabor dulzón de la sangre del viejo.

“Una combinación de incesto y canibalismo. Esa maldición me tocó sufrir en el desayuno, en los almuerzos, por las tardes, en cada cena. Tragar un bocado era meterme en la boca a mi padre. Nunca pude digerirlo”.

Mala suerte la de Constanza. Cuando el revólver cumplió su cometido, se encontraba detrás del suicida, devolviendo a la bodega empotrada la botella de brandy que compartió la familia.

“Es cierto que mis pensamientos tardaron en acomodarse, aunque no sabría decir cuánto. Ninguno de los que estaba allí en aquella mañana de muerte podría precisar con seguridad sobre el tiempo que transcurrió hasta que la María liberó su alarido. Pero sí guardo certeza de algo: nadie, salvo quien estas líneas escribe, tuvo la desgracia de saborear en el paladar el caldo viscoso de quien aportó su esperma para que una camine por el mundo. Yo, que cumplí paso a paso lo que enseña el catecismo; yo, que vencí las tentaciones del cuerpo y por eso no pude recorrer el camino hacia el altar, tuve que escuchar maldecir a Nuestro

Señor y recibir como un sopapo la tibieza de los restos”, escribió Constanza en un cuaderno de tapas marrones y candado de bronce.

Muriel decía que era una vieja pelotuda. Muriel no la quería.

Constanza pasó un tiempo, bastante tiempo a decir verdad, ocupada en rescatar de aquella botella de brandy lo que se hubiera perdido cuando el viejo se disparó. Cada mañana, a la hora exacta en que sucedió todo, se sentaba en la misma silla de cabecera y observaba por largo rato la botella casi vacía que no volvió a moverse de su lugar.

Aunque nunca lo afirmó, ni públicamente ni en privado, a Constanza no la desencajó tanto el hecho de que su padre muriese, sino que él mismo haya tomado la decisión de irse, y encima de hacerlo por mano propia.

“Quitarse la vida es un acto vedado por Dios, carajo. Hasta en su última determinación fue contra los mandamientos, el infiel”.

Dos palabras pecaminosas pronunció Constanza en su vida. Ese “carajo” timorato, cobarde al fin, escondido bajo llave en las páginas arrugadas de un diario que a la postre se convirtió en testafarro de su conciencia, y otra que dijo cuando estaba a punto de morir.

Fijo, sin pestañear, miraba Constanza la botella de brandy. Cuando la servidumbre ya creía estar bajo las órdenes de un despojo, un buen día Constanza, en vez de sentarse, se fue derecho a la botella y directamente del pico se tragó lo que quedaba. Al instante, vomitó.

“Escupiendo bilis. Así me liberé de las cadenas de la

culpa”, se justificó tiempo después, en una reunión de té. Constanza se esforzó por dominar la locura para llevar a cabo lo que consideró como la mejor obra de su apellido: donar al arzobispado lo que quedaba de fortuna familiar, no sin antes asegurarse de dejar bien pagadas sus atenciones.

Antes de eso, cada sábado, Constanza cumplió con el sacramento de la confesión, luego de masturbar al prelado en la soledad de la iglesia. Creyéndose salvada de los fuegos del infierno, Constanza se ponía guantes de cuero para que el tacto no sintiera las rugosidades calientes y venosas de la carne. Un particular método de profilaxis contra el pecado que los curas agradecían en silencio y recatadamente, además de un pudoroso: “Ego te absolvo”.

Lo último que puede decirse de la segunda de las hijas del matrimonio formado por José Ignacio Azcuénaga y Maciel y María López Terán, es que planeó y ejecutó con esmero la paulatina, precisa y categórica desaparición de sus hermanos. Salvo Ataliva, un varón ungido por la suerte y la falta de escrúpulos más ortodoxa, el resto de la prole se fue perdiendo, gracias a los ardidés de Constanza, en los vericuetos de la historia que nunca se narra: la de los mediocres.

Al morir en España, las últimas palabras de Constanza estuvieron dedicadas a la memoria de su padre. Catalina, la monja vasca encargada de velarla en sus horas de agonía, relató a Muriel sin pudores y con una sonrisa franca el suspiro final de la mujer que hasta su partida mantuvo firme la bandera del cinismo. “Viejo de mierda”, dijo. Y se murió.

Guardadas en la caja de seguridad número 254 de una de las sucursales del Banco de la Nación Argentina en la ciudad de Buenos Aires, las pertenencias que Constanza Azcuénaga y Maciel mantuvo hasta el momento de morir se encuentran a la espera de que algo suceda. Un diario de tapas marrones con anotaciones pueriles, un rosario de oro y plata bendecido por el Santo Padre, dos collares de perlas, y una colección de piedras preciosas cuyo valor es imposible calcular.

–El número y la sucursal.

Ese es el requerimiento que cada noche, desde hace 18 días, escucho desde el otro lado de la puerta.

Después, mi silencio.

## DÍA 19

Francisco Maciel eligió, para escapar de la vida, un campo de 800 hectáreas al norte de la provincia de La Pampa, a medio camino entre las localidades de Winifreda y Eduardo Castex. Sus posesiones, al año 1953, eran 400 vacas, 50 carneros, 238 ovejas y maquinaria pesada para siembra y cosecha.

A Francisco Maciel le gustaba la Literatura. Podía pasarse madrugadas enteras divagando sobre autores y libros, extractos de alguna novela, líneas de diálogo a su parecer sublimes. Generalmente, sus cavilaciones quedaban truncas: eran contadas las ocasiones en que alguien se llegaba hasta la estancia para escucharlo. En el casco, contigua a la sala de estar, una biblioteca de más de 2500 ejemplares era el fiel producto de un hombre que no quiso saber nada con su pasado y con el mundo. Por las tardes, cuando el sol se ponía en la llanura ventosa y polvorienta, el único hijo de Ataliva Azcuénaga y Maciel destinaba dos horas, un trozo de queso y una botella de vino tinto barato para repasar los lomos abrigados, las letras doradas y las cubiertas impolutas. Tomaba alguno al azar, releía un par de páginas y lo devolvía a su lugar. Un ritual diario y opresivo, aun en domingo, y cuya principal característica era el formidable silencio. Francisco Maciel, con su rencor a cuestas, era lo que se dice un hombre silencioso.

Francisco Maciel renegó del apellido Azcuénaga desde el momento en que sorprendió a su padre, Ataliva, dormido y borracho sobre las carnes gelatinosas de una prostituta

de medio pelo. Ese día decidió que no iba a esperar demasiado, de nada ni de nadie, y se dedicó mansamente a dejar que la historia se le cayera encima.

Una década después de que encontraran el cuerpo de su padre flotando en las aguas del mismo río que vio desembarcar a José Ignacio Azcuénaga y Maciel, Francisco, que ya había cumplido mayoría de edad, reclamó judicialmente alguna migaja de lo que había sido el imperio de los Azcuénaga. Para no dilatar su estadía en Buenos Aires, una ciudad que tildaba de puta, se quedó con el peor de los campos que alambró su abuelo, un espacio intermedio que no era ni Pampa ni Patagonia, una suerte de purgatorio castigado por la naturaleza, pero ideal para perderse en el tiempo y no dejar rastros de existencia.

El quebranto más duro de Francisco Maciel tuvo tal escenografía: un camino de tierra, el calor de la siesta y una soledad aplastante, solo violada por el traqueteo de un Studebaker color negro. En ese auto, su mujer lo abandonó. No fue por otro hombre. Fue por un cáncer fulminante que la consumió en pocos meses. No hay mucho para decir de su mujer, salvo que tenía voz fina, manos huesudas y una apatía a prueba de balas. Parado en la mitad del camino, Francisco Maciel vio cómo la madre de sus dos hijos partía para morir en otro lugar, apenas antes de que la decrepitud física comenzara a hacer estragos en su cuerpo.

El hombre que renegaba de su apellido llegó a contabilizar nueve siembras y cosechas posteriores a la partida de su mujer, una peor que la otra. Pero ese campo infértil que



apenas sirvió para mantener en pie a un puñado de sufridos animales, valió sin embargo a los fines de Francisco: una porción de terruño, conseguida sin esfuerzo por las ventajas de la herencia, para caminar sin que nadie le rompiera las pelotas.

Las obligaciones rurales se convirtieron en una vía de escape que le solucionó el paso de los días y los años. Una labor campestre devenida paradoja: su fin no fue la producción de riqueza, pero logró que al menos un Azcuénaga tuviera las manos curtidas por trabajar.

Un invierno que se recuerda benigno, nueve años, cinco meses y 21 días después del fallecimiento de su mujer, Francisco Maciel murió. Para gusto y conformidad de los adeptos a las generalidades, su muerte fue estúpida. Para los pocos que lo conocieron, caerse del caballo por una borrachera y golpear la cabeza contra el suelo fue el último acto de coherencia de un tipo sin más estandarte que la indolencia.

Muriel, que en los primeros años solía pasar algunas semanas en la estancia, y que luego de la muerte de Francisco se dedicó a cuidar a los dos huérfanos, decía que “al pibe le faltaron cojones”.

—Quieto —me susurra ella.

—Quieto —me dice él.

La venda me presiona los ojos. Él me habla, y su voz me provoca un escozor hijo de la duda.

Me ata las manos.

La mujer me acaricia. Juega conmigo. Y fuma. Puedo escuchar el sigiloso crepitar del tabaco en cada pitada, y siento las bocanadas de humo salir de sus pulmones, de su boca.

Me pasa el dedo índice por el pecho. Dibuja sobre mi pecho.

–Dale, maricón –me dice.

–Hablá y esto se acaba –insiste él.

Yo no respondo.

–Te toca –le dice ella a él.

La mujer apaga el cigarrillo en una de mis tetillas. Grito. Siento un ruido seco, experimento un dolor agudo y me doblo en el piso.

La primera patada fue a los testículos.

## DÍA 20

Durante tres o cuatro años, esos que van de la infancia a la pubertad, cada mañana, a las seis en punto, Muriel se arrodillaba y obligaba a los dos huérfanos a rezar el rosario. A las siete, después de tomar un tazón de leche recién ordeñada y de comer unos bollos de pan horneado, los dos hermanos salían de la estancia y a lomo de caballo galopaban las cuatro leguas que separaban la tranquera del campo de la puerta de la escuela.

A las 16.30, después de recibir conocimientos (de los que poco usufructo harían en el futuro) los dos hermanos cruzaban la puerta de la escuela y desandaban las cuatro leguas hasta la estancia, no sin antes detenerse unos minutos en el cauce de un arroyo casi siempre seco, para alimentar con las sobras del almuerzo a una jauría de perros hambreados.

A las 18, en la galería de la estancia, los dos hermanos tomaban otro tazón de leche y comían varias rodajas de pan tostado, con manteca y algún dulce ocasional.

Hasta las 20, los dos hermanos vagaban por los campos, se divertían cazando liebres y puteaban a los pocos peones que a regañadientes mantenían a flote el establecimiento, por la simple y sencilla razón de que era el único trabajo en 50 kilómetros a la redonda.

A las 21, cuando los gritos de Muriel traspasaban el límite de lo tolerable, se lavaban las manos en un fuentón de lata y se sentaban a la mesa para la cena. Los lunes, puchero. Los martes, guiso. Los miércoles, carne asada. Los jueves,

pescado. Los viernes, ayuno. Sábados y domingos, variado. A las 22, los dos hermanos se aseaban, se ponían ropa de cama y subían a las habitaciones de la planta superior.

“A buscar el mañana”, tronaba Muriel, dando palmadas para azuzar a los dos hermanos y, de esa manera, dar por terminada la jornada.

Y cuando todo era silencio, Muriel ponía la pava al fuego, preparaba el mate, y subía a la habitación donde el mayor de los hermanos, aún despierto, la esperaba ansioso para escuchar lo que ella tenía para decir esa noche.

“Pendejo”, arrancaba siempre, “vos tenés que saber”.

Y el pendejo, que quería saber, se apoyaba en el respaldar de la cama y mamaba lo que sus padres (una por ausente, muerta y en vida, y el otro por pusilánime), nunca le habían dicho.

“Uno no es solo lo que vive”, prologaba la vieja: “También es lo que arrastra”. Muriel lo miraba a los ojos: “Y vos arrastrás mierda”.

Me acercaron un diario. Me marcaron una página y una noticia de esa página.

Veo una fotografía que de ninguna manera me hace honor. Visto un jean azul gastado, una camisa manga corta tono salmón y zapatos náuticos. Estoy con el pelo desprolijo por el viento costero. Recuerdo esa foto. Fue un atardecer de verano, hace dos años, en Punta del Este. Leo con dificultad el titular. No hay rastros de mi paradero. Dice que la policía tiene dos pistas que se

están investigando.

–Ponete la venda –me ordenan del otro lado.

Me ciego con una tela húmeda y raída. Él se acerca despacio. Se ubica a mi lado, apoya el culo en el contrapiso rugoso y la espalda contra la pared. Me ofrece un cigarrillo. Niego. Escucho el raspado del fósforo, el olor penetrante, la chupada larga, el silencio de la retención pulmonar, la exhalación del residuo.

–Mirá que conozco tipos boludos –me dice.

Afuera se escuchan los autos, unas voces, el martillo neumático perforando quizá la calle, a lo mejor una vereda.

–¿Hay necesidad? –me pregunta.

Giro la cabeza, intuyendo su rictus, adivinando sus ojos.

–De hacerse matar al pedo, negrito –me dice.

“Negrito”, me dijo.

## DÍA 21

La persona más odiada por Muriel fue Hipólito Yrigoyen. Ese odio comenzó a gestarse, muy de golpe, el día que Muriel supo por boca de José Ignacio Azcuénaga y Maciel de la serie de acontecimientos que terminaron con la vida de su padre. Peón de oficios varios, esquilador de primera, pero contestador y medio prepo, el padre de Muriel cayó bajo las balas que ordenó disparar el teniente coronel Héctor Benigno Varela, milico zaino enviado por el viejo radical a los confines del sur argentino para apaciguar los reclamos sindicales e imponer el orden, a principios de la década del 20.

Varela se sentó a la mesa de la familia Azcuénaga. Comió su comida, tomó de su vino. Y después se encargó de fusilar a los retobados que le marcó el dueño de casa. Al dueño de casa, en cambio, Muriel nunca alcanzó a odiarlo. El odio yrigoyenista de Muriel se trastocó, pasados los años, en una furiosa defensa del militar de enseñanza prusiana y de la mala actriz que después sería su esposa. El peronismo a ultranza que ostentó Muriel hasta su muerte le sirvió para mantener encendida una llama, mientras dedicaba sus días y consumía sus fuerzas al servicio de una familia desangelada.

Sin errarle demasiado, la vida de Muriel fue una maratónica sucesión de rutinas asfixiantes. De chica, se encargó de lavar ropa en una hondonada perdida de la Patagonia. Luego, fue la confidente de María López Terán en una Buenos Aires que le resultaba ajena. El tránsito hacia la

ve vez la encontró cocinando para la perra de Constanza. Y, en una tardía imposición de labores maternas, pasó los últimos años de su vida limpiando el culo de dos huérfanos.

En el medio, Muriel no tuvo o no quiso tener demasiado tiempo para detenerse a pensar si podía cambiar el ritmo de las cosas. Sencillamente, dejó que los avatares llegaran y se fueran, acomodándose a ellos de manera tan natural que movía al miedo.

“Hay que bajarla de ahí y enterrarla rápido, porque se viene el frío”, fue lo que salió de su boca, todavía niña, cuando le avisaron que su madre pendulaba con una soga al cuello. Este y otros ejemplos de practicidad convencieron a José Ignacio Azcuénaga y Maciel de que no encontraría otra criada para aguantar el infierno que era su casa. Y se la llevó para Buenos Aires.

De todas maneras, a la hora de los balances, para Muriel los días vividos en la estancia pampeana de Francisco fueron los mejores de su vida. Dijo eso una sola vez, hablando para sí, en uno de los viajes en remís hacia la clínica porteña donde la dializaron tres veces por semana durante más de dos años, hasta que se murió.

Los dos hijos de Francisco usufructuaron la tremenda capacidad de Muriel para absorber ventoleras. Liberados de los problemas domésticos por la fuerza motora de un cuerpo vetusto, pero con la potencia de un potro, transcurrieron su infancia con la placidez que otorga el aislamiento mundano. En el medio de la nada, la observación era un ejercicio fundamental para mantener ocupados los senti-

dos, y lo que había a mano dejaba mucho que desear: al principio fueron una madre muda y un padre sumido en un universo aparte; más tarde, fue una vieja curtida y, aparentemente, ajena a los dolores del alma. Luego, solo se tuvieron el uno al otro.

“Negrito”, me dijo.



## DÍA 22

Maciel, a secas.

Así lo llamaban. Y así le gustaba que lo llamaran. No había rodeos, no había dilaciones. Los nombres tienen significados y obligaciones que se endilgan al portador, y Maciel nunca quiso cargar con la irresponsabilidad maternal de una etiqueta que no decía nada de él. Un apellido solamente. Ese apellido era frío, escueto y sonaba práctico. Él era práctico.

Maciel tenía bien en claro lo que hacía. No por casualidad se había ganado, Maciel, un respeto castrense, en ese mundo de muebles laqueados y sillones de cuero. Se había ganado el respeto (si respeto se entiende por miedo), de empresarios, políticos, sindicalistas. De lacayos de toda clase. También de fiscales y de jueces.

Maciel tenía contactos y su habilidad consistía en fabricarlos allí donde intuía un futuro de prestaciones con olor a cheques en blanco. Sabía cómo hacerlos, y lo más difícil, cómo mantenerlos. Las agendas electrónicas de Maciel trabajaban a memoria llena.

De política también sabía. Fe de erratas: sabía cómo manejarse entre políticos. La política, sus afrodisíacas miserias, no le interesaban. Tenía otras.

“Conozco la jungla”, se jactaba Maciel. Y se reía. A carcajadas, a los gritos, se reía, después de bajarse media botella de un Johnnie Walker Etiqueta Negra y tres líneas de blanca. Buena merca, conseguía Maciel.

“Sé quién es víbora, quién es león, quién es presa”, bra-

maba en pedo, y aspiraba: “Y yo soy Tarzán, y la puta madre que los parió”.

Mucho de balances, sabía. Dibujarlos, sabía. Y le pagaban mucho. Y cada vez que le pagaban mucho, Maciel depositaba la mitad en dos cuentas distintas, se dejaba en mano el resto y se tomaba veinte días. Se subía a un avión y se iba a Tailandia. Y en las lejanas tierras asiáticas donde las monjas decían que no había Dios, y que el cuerpo podía consumir pecado sin que el alma se viciara, Maciel saciaba sus apetitos de pederastia y pedofilia por dos mil dólares la noche. Ricos pendejos, los tailandeses. También los filipinos.

Tantas cosas, sabía Maciel. De pibe. Aun cuando la conciencia nada distingue ni somete las acciones con barreras o formas, él ya sabía la diferencia entre lo permitido y lo prohibido; y supo, astuto, que todo aquello que no estaba permitido era el único camino posible para perdurar, y con esmero se dedicó a cruzar las fronteras más peligrosas, haciendo honor a la escuela marcada por los hombres de su familia.

Y también aprendió banalidades. Algunas con cierto grado de utilidad, otras solo placenteras.

“La cultura lleva a caminos insospechados, nene, pero rebalsa la mente de infelicidad y descreimiento”, lo instruyó, en una cama de hotel de lujo, el primer tipo que le penetró el ano.

Buen alumno, Maciel. Recitaba capitales, países, ríos; tres idiomas, hablaba Maciel: inglés, portugués, francés; conocía de vinos, de Literatura, de cine; iba mucho al Teatro

San Martín, Maciel, a disfrutar las óperas del cuerpo de ballet, le gustaba Verdi, algo de Puccini.

Muchas cosas, sabía Maciel. Alimentaba sus capacidades con voracidad, y se flagelaba con las del resto.

Bisnieto de José. Nieto de Ataliva. Hijo de Francisco.

Padre de nadie.

Me presento: yo soy Maciel.

A secas.

## DÍA 23

Ciertas cosas son como son. No vale la pena buscar explicaciones o perder el tiempo tratando de enlazar justificaciones inútiles. Es sabido que en ningún caso harían diferencia como para modificar el resultado final del asunto.

Estudiar Economía en la Universidad de Chicago representó, por lo menos para mí, poco. ¿Una manera de conseguir billetes? Sí, claro. ¿Una vía de escape de este país desastrado? Por supuesto. Pero, no más que eso.

En los hechos, fueron años de absorción. Chicago es una ciudad lo suficientemente belicosa como para obtener nociones indispensables a los fines de sobrevivir. Sobre todo si uno es puto. En ciertos bares de Chicago pululan personajes a los cuales no solo es interesante cogerlos, sino también escucharlos. Ayudan bastante las discretas habitaciones de los hoteles ribereños del lago Michigan, donde se pueden mantener alboradas de polvos y debates intelectuales. Y una cosa tiene mucho que ver con la otra. Muriel solía decirme, en esas noches de insomnio, que había cuestiones que el Señor deploraba. Y que lo que se había hecho para salida, no debía usarse para otra cosa. Si bien pasaron muchos veranos para darle a mi traste un uso contra natura, Muriel supo temprano que lo mío no eran las mujeres.

Muriel. De lo único que me arrepiento, si el arrepentimiento son estas ganas de retroceder en el tiempo para acariciarle la mano, es de no haber estado a su lado cuando murió.

Al enterarme de su fallecimiento, brindé por ella repetidas veces, mientras Richard o Paul o Bernie, me insistían en que dejara los licores porque al día siguiente debía dar uno de mis últimos exámenes.

Luego de obtener el título, Chicago me retuvo un año más. En realidad, lo que me retuvo fue la dicha de los encuentros ocasionales con representantes de la comunidad franco-canadiense. Es muy placentero escuchar gemidos en francés.

Mi regreso al país fue traumático. Con excepción de algún resto como para pasar un tiempo sin sobresaltos, lo demás era la nada. Y llenar esa profundidad me obligó a bosquejar un ejercicio de planificación, metódico y rápido. La mayoría de mis asuntos están en Buenos Aires. Pero fue una buena decisión anclar en la ciudad de Córdoba. Córdoba es una urbe que tiene lo justo y necesario para alguien como yo: vuelos diarios a Capital, un buen teatro, distancias que se cubren en taxi en media hora, y el departamento de lujo que encontré a pocas cuadras del centro. Extraño el departamento.

—Gracias, negrito...

Se fueron.

Ahora no tengo la venda.

Abrieron unos centímetros la persiana. Un rayo de sol se inmiscuye y rompe la penumbra. La vista tarda en acostumbrarse a la claridad.

Acabo de pronunciar un número. Y una sucursal.

## DÍA 24

Pasaron muchos años hasta hoy después de aquel abrazo. Debo reconocer que nunca se me dio por sacar la cuenta, por lo que tampoco me interesa hacerla ahora. En ese paréntesis mudo y escurridizo, nuestras rondas nunca volvieron a cruzarse.

Ezeiza estaba particularmente en calma. Era uno de los pocos vuelos internacionales de ese día, y al murmullo de la gente que circulaba lo rompía de vez en cuando el altavoz indicando los próximos destinos.

Durante el viaje en taxi al aeropuerto ninguno de los dos pronunció palabra. Por la radio se escuchaba la locución de Cacho Fontana.

No tengo la más mínima idea de lo que hizo con su vida después de ese día. Las certezas que guardo sobre él tienen como base las amplitudes térmicas de La Pampa.

Hay dos acontecimientos, sin embargo, que en cierta forma pueden dar asomo a lo que sería su personalidad. El primero ocurrió una tarde destemplada, regresando de la escuela. El caballo en el que galopaba hundió la pata delantera izquierda en un hueco del camino, quebrándose de mala manera con un crujido a maderas rotas. Mientras él se limpiaba las ropas, puteando, ordenó que me quedara al lado del animal hasta que regresara. Volvió silbando, una hora después, con uno de los peones de la estancia.

“Hacelo”, le dijo.

El peón miró al animal que bufaba, echado en medio del

sendero; lo rodeó varias veces, y finalmente se agachó a ver la pata rota.

“Se puede salvar, niño”, le dijo.

“Hacelo de una vez. Ese caballo ya me tiene podrido”, gritó.

Mientras retomábamos el camino a la estancia, los dos montados en mi yegua, el tiro resonó detrás de nosotros como esos truenos solitarios que se escuchan cuando la tormenta aún es silenciosa. No se dio vuelta.

El otro suceso que da somero indicio de su naturaleza, me tiene a mí como protagonista absoluto. Estando en Viedma, un paseo por la costa casi termina en tragedia. Mientras caminaba por una orilla elevada, resbalé y caí al mar. Salvé la vida de milagro al afirmarme, pateale mediante, en un tronco que sobresalía del acantilado. Él observó todo lo ocurrido, brazos cruzados, desde la altura. Cuando nos encontramos, simplemente lo miré.

“Vos no sabés nadar”, me dijo. “Ibas a hundirme. Un estúpido es suficiente, dos es un regalo”.

No pude retrucarle nada.

Cuando por el altavoz se escuchó el último llamado para San Pablo, mi escala previa a los Estados Unidos, pensé que tendría que haberme despedido de Muriel con un poco más de afecto.

“Hay adioses que son entre hermanos”, dijo la vieja, tajante.

Frente a la rampa de salida, él tenía las manos en los bolsillos y un cigarrillo en los labios resecos. Nos miramos unos instantes antes de que yo me agachara a recoger la

valija de mano. Al incorporarme, lo tenía más cerca.

Me abrazó.

“Cuidate, negrito”, me dijo.

Dio media vuelta, y se alejó a paso lento.

Perdí la noción del tiempo.

No distingo los ruidos del día y de la noche.

A cálculo mentiroso, hace 24 horas que no asoman la jeta.



## DÍA 25

Nada más.

Hoy es hoy. Y es lo que hay.

Espero. Espero.

¿Cómo decirlo?... Una sensación, un estado de ánimo, que se asemeja bastante a la idiotez.

Hablan en voz baja. Se esfuerzan por susurrar. Y aunque no puedo descifrar con claridad cada palabra, es evidente que a diez pasos de distancia y una puerta de por medio se define mi destino.

No me gusta esa palabra. Destino. No sé por qué la estoy usando ahora, en este momento, en las actuales circunstancias. Quizá sea porque la falta de proteínas sacude el organismo y el temblequeo me impide pensar con claridad. O quizá sea porque en situaciones finales el ser humano tiende a ponerse sentimental.

El sentimentalismo, toco madera, es un absurdo que no registra antecedentes en los historiales de la familia. Fue desterrado, y la crónica está a la vista, a fuerza de balazos, altas dosis de traición y bajezas extremas.

Las resonancias lejanas que me llegaron de boca de una vieja trasnochada decretan eso de la parte que no pude llegar a conocer; de la otra parte, yo mismo doy fe.

Fe.

Tampoco me gusta esa palabra. La fe obliga a creer con falta de pruebas. Y yo solo creo en lo que veo.

¿Y qué ves, Maciel?

Veo una pared descascarada y un almanaque de Molina Campos que se quedó en un mes que no es este, de un año que tampoco es este.

Veo sombras, indefinidas sombras que se cuelan por el resquicio de la puerta; unas sombras que se acercan.

Veo cómo se mueve el picaporte, y veo la puerta abrirse, dejando entrar un doloroso chorro de luz.

Veo, con esfuerzo, la cara joven de una mujer. Y lo veo a él que se sienta en el taburete desvencijado que me hizo las veces de mesa durante casi un mes. Envejecido, pero ramplón y apático, como siempre. Y veo, después de ver sus ojos, el revólver en su mano derecha.

Y escucho, en un tono que no me suena a triste, ni a resignado, ni a convencido; en un tono tal vez fastidioso, como apurado, la voz rasposa, el timbre familiar. Aquel que quiso justificar su desidia al momento de tender una mano hacia el mar; la voz que recitaba pasajes de libros en una estancia de La Pampa; esa voz que enmudeció una mala noche de póquer; la misma voz que una fría mañana de abril se cagó soberanamente en Dios:

–Parate, negrito...







CINCUENTA PESOS

50


CASA DE MONEDA

50

CINCUENTA PESOS

CASA DE MONEDA

# Ausencias



–Abrazame fuerte, por favor.  
El sol de la mañana se  
despedaza entre los edificios  
céntricos y el smog no deja  
de roer lentamente los  
pulmones de la multitud que  
se abalanza sobre las calles y  
las veredas. Maltratadas  
calles, maltratadas veredas.  
Maltratada gente.  
La pestilencia a cigarrillo  
impregnada en las sábanas se  
mezcla con otros olores,  
venenosos residuos de quién

sabe cuántos centenares de hombres.

Me pregunto dónde tiene su sede el Club Social y Deportivo Resignación. Le pregunto a ella, NN con domicilio en una ciudad atestada de NN.

—¿De qué hablás, bebé? —me dice.

Esa sí que es una excelente respuesta. ¿De qué hablo? No sé de qué hablo.

Ahora el sol se levanta firme sobre el cielo y una tímida claridad se empieza a dibujar entre las celosías mugrientas a medio abrir. Desde otra pieza se puede escuchar claramente una letra de Fito Páez: “El tiempo, maldita daga, lamiéndonos los pies”. Es una advertencia que molesta y acuchilla porque uno toma conciencia de que todo se viene encima y, además, porque se acaba el turno.

La ginebra, encima de la mesita de luz, se ofrece como una amazona desnuda y la garganta comienza a extrañar el ardor del alcohol. Me arrimo hasta el borde de la cama, estiro el brazo y termino el resto de lo que queda en la botella casi de un trago.

La misma radio que hace un momento daba unas lecciones sobre el tiempo en boca de Páez, ahora informa una sensación térmica de dos grados bajo cero, pero el sudor me pega a la tela, que me envuelve, que me asfixia. Mis ojos recorren otra vez la habitación, como buscando algo, y la visión es siempre la misma: un desfile de hormigas en el techo, el televisor apagado, la cocina, la heladera, la mesita de luz, la cama, ella, yo, la desnudez... su voz.

—Se te acabó el tiempo, querido.

Soy un idiota. “El tiempo, maldita daga”. Y no imaginé ni

siquiera un segundo.

Me levanto de la cama, me acerco al pantalón arrugado, que con alivio descansa del traajín, y saco los últimos 50 pesos del bolsillo.

–Un poco más.

Asiente con la cabeza y me mira con una actitud interrogante.

Vuelvo a acostarme.

Nublo los ojos.

Me doy vuelta.

Imagino.

–Abrazame fuerte, por favor.









# Cadenas

Negros. Mónica tiene los ojos negros. Negrísimos los tiene. Le brillan los ojos a Mónica. Le brillan cuando algún reflejo de luz se mete por las rendijas de la persiana, y los revela, y los recorre de lejos. Relampaguean. Y cómo. Latigazos, son. A veces meten miedo. A veces. Y a veces pueden matarte. Son poderosos, los ojos negros de Mónica. Son poderosos porque paralizan.

Cuando quieren, paralizan. Las pupilas de los ojos negros de Mónica tienen eso. Te paralizan. Y cuando te paralizan, te volvés esclavo. Sí. Los ojos de Mónica te convierten en esclavo.

El lunar también es negro. En la espalda. Un lunar que tiene forma de ele. Una ele que salpica la espalda de Mónica. Es rugoso y tiene vello. Un monte en medio de la Pampa. Un monte oscuro, una ele, ele imprenta, que está chueca. Torcida. Como marchita. Y negra.

¿Qué más es negro en Mónica? ¿Qué rincón, espinoso o no, suma a la espesura de la sombra en su anatomía? ¿El tatuaje? El tatuaje. Un escorpión. Perfecto, seductor. Y negro. ¿Y por qué se tatuó un escorpión, Mónica? ¿Por qué lleva, orgullosa, esa marca definitiva e indeleble?

–Por la fábula –me dice.

–Porque aguijonea, aunque sepa que luego viene, inevitable, su propia muerte –me dice.

–Yo soy como el escorpión –me dice.

El verbo de Mónica también es negro. Negro como la noche.

¿Y el pelo de Mónica? ¿Qué clase de negrura tiene el interminable pelo de Mónica? ¿Azabache será? Supongamos. Azabache y largo, muy largo. Cuando se cepilla, en las madrugadas, le llega casi a la cintura. Una franja azabache que le parte la espalda en dos. Una espalda, también larga, partida en dos por el pelo cepillado de Mónica.

La piel de Mónica, en cambio, es blanca. Blanquísima. Y esa blancura es salina en la humedad de diciembre y es leche a partir del otoño. En noches como esta, de calor, de

verano caluroso y de hastío, le chupo la sal a Mónica. Le paso los labios y la lengua por los hombros, por el cuello, por la punta de los pezones, y puedo saborear la sal. En las siestas frías, de días pálidos y mortecinos, todo en ella es leche. Me gusta la leche de Mónica.

Mónica sabe que es bella; y sabe que su belleza me perturba y me extravía. Gime, Mónica. Lloro. Suspira cada vez que le entro con fuerza y exhala cada vez que salgo, despacito, resbaloso.

–Empujá más –me dice Mónica, y levanta la espalda cinco centímetros de la sábana. Se queda quieta, suspendida, haciendo fuerza con sus piernas. Los músculos de sus muslos, bien trabajados, forman líneas y sombras en la penumbra. Mónica tiene fuerza y aguanta mi peso, me aguanta a mí, que estoy dentro de ella y encima de ella, y Mónica se deja caer. Y el culo de Mónica, hermoso y tentador, duro y bien esculpido, rebota en la cama. Y yo reboto sobre ella. Y hago tope dentro de ella.

–Me falta poco –dice Mónica.

–¿Te queda mucho? –pregunta.

Recibe de mí apenas un murmullo.

–Dale –ordena Mónica.

–No te quedés –manda.

Y yo, dócil, trato de no quedarme.

Yo soy obediente.

Yo soy su esclavo.







# Coraje

La mañana no venía particularmente movida. Los pocos patos que nadaban en la laguna ni siquiera habían corrido las líneas. Hacía tres días que los bichos de mierda se paseaban por la zona de las cañas.

Se asomó por la baranda herrumbrada y paneó, una mano haciendo de visera por el sol de frente, la superficie calma del líquido.

Se encogió de hombros al no encontrar a Ernesto encima del bote, todavía encajado sobre la franja arenosa de la playa.

–Tipo pelotudo –musitó, apenas perceptible.

Caminó por el muelle otra vez hacia la cabaña, con las manos en los bolsillos y pensando que otro día más tendría que hacerse cargo de ir en búsqueda de las provisiones para la tarde y la noche.

–Un kilo de pan, 300 de jamón cocido, 300 de queso en fetas, una mayonesa, dos cocas, light las cocas por favor, medio de bollitos salados y una manteca. Ah, deme también dos etiquetas de Marlboro.

De este lado del lago, el bote se agitaba golpeando contra los maderos del amarradero. El viento que bajaba de la ladera del monte había comenzado a soplar más fuerte que de costumbre, y lo que hasta hacía media hora era un espejo, ahora se astillaba con reflejos discontinuos de sol. El viejo del almacén demoró una eternidad.

Aseguró el bote en el tronco. Tomó las bolsas de nylon y saltó. Se dio cuenta en el aire del mal cálculo. Cayó sobre el agua y se mojó los jeans. Era el único pantalón que le quedaba limpio.

–¡Ernesto! ¡Despertate, carajo! –gritó.

Mientras se sacaba los zapatos náuticos y se arremangaba los jeans hasta las rodillas, miró de reojo hacia la puerta de la cabaña, para ver si aparecía.

No apareció.



Con la luz del día, la mugre de la cocina resultaba mucho más abrumadora. Los hilos del salame servían de camino para el agua que llenaba la bacha de la mesada, y las gotitas caían al piso de madera agrandando un charco rectangular embalsado por los zócalos. Los platos amontonados despedían un hedor a rancio y los restos de corteza de pan, duros como piedra, formaban una cordillera que dividía la mesa entre la parte llena de botellas y latas de cerveza, y el rincón del juego de mate.

Entró a la pieza como una tromba, decidida a levantarlo a los gritos. El desastre era similar. Las colchas y las sábanas, una mitad en el colchón y la otra en el piso, se mezclaban con bermudas, remeras, pantalones y hasta unas ojotas. La única mesita de luz era reservorio de revistas ajadas, un par de anteojos, la cadenita de oro, una lapicera y la parte de clasificados del diario abierta en la página de juegos y crucigramas.

Ernesto no estaba.

–El baño –dijo.

Salió de la habitación y, en un suspiro, cruzó el metro y medio que llevaba hasta la puerta. Se detuvo, apenas un segundo, no vaya a ser que estuviera cagando. Pero la bronca le inflamó el pecho cuando pensó que de ser así nunca le había respondido.

–Escuchame una cosa, imbécil –gritó mientras abría. Se quedó con el “imbécil” en la boca.

El baño también estaba hecho un quilombo: restos de pasta dentífrica, de distinta antigüedad habida cuenta de la consistencia, salpicaban el vanity; dos calzoncillos húmedos colgaban de las canillas de la ducha; un par de medias se secaban sobre el radiador; y la bañera tenía más arena que el Sahara.

Ernesto no estaba.

–El sauce –murmuró.

Lentamente caminó hacia la ventanita de la cocina, que daba a la parte trasera de la cabaña. Corrió la pequeña cortina y trató de ver más allá de lo percutido del vidrio y de la soga con ropa colgada. El viento hacía flamear un par de soleras, una camisa y algunas remeras, y en uno de los resquicios que le dejó el movimiento alcanzó a ver el manto de verde césped sobre la base del árbol.

Boca arriba, con una gorra sobre los ojos, Ernesto dormía a la sombra.

La panza oscilaba al compás de los ronquidos. El pupo, cada año más profundo por las sucesivas capas de grasa que se iban acumulando, era un depósito de pelusas. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, en un patético contraste: uno blanco y peludo, el otro negro y peludo. Catorce horas encima del taxi, se pasaba.

Una pierna la tenía estirada sobre la gramilla y la otra la tenía flexionada, rodilla arriba. Por la malla desteñida y agrandada se le escapaba un huevo.

Dio media vuelta. Encaró hacia la cocina.

Tomó el cuchillo de asado, ese que él cuidaba como si fuera el último tesoro del mundo. Acero inoxidable, 20 centímetros de hoja, mango de madera forrado en cuero. Abrió la canilla, puso un chorro de detergente en la esponja y comenzó a limpiar los restos de carne pegada. Refregó, enjuagó, secó.

Él seguía durmiendo.

Se le paró enfrente, a la altura de los pies. La hoja del cuchillo brilló con el sol del mediodía. Lo manipuló para llevar el reflejo al rostro de Ernesto. Una brisa le corrió la gorra, y se despertó sobresaltado, frunciendo el ceño por la molestia de la luz.

—¿Sos vos, loca? —tartamudeó.

No recibió respuesta. Se incorporó, y se apoyó sobre el tronco del árbol.

Ella estaba inmutable, de pie, con el cuchillo en la mano. Él miró el filo trabajado, el acero lustroso, y entonces comprendió todo.

Hubo un interludio brevísimo, nervioso.

—Diez veces te dije, tarada. Diez veces. Dos sándwiches, con manteca y doble fiambre. ¿Tan difícil es?

Ella vaciló un momento. Apenas un momento.

—¿Te los traigo ahora? —le preguntó.

—Sí. Y traelos rápido, que tengo hambre.

Ella se dio vuelta, y corrió a la cocina.











# Pasaje abierto

Siempre fui un “chico problemático”. Desde que tengo uso de razón, ese mote resonó en mis oídos al punto de grabarse a fuego. Me persiguió como la sombra. Fue como una frase de cabecera que acompañó cada momento de mi niñez, de mi adolescencia y parte de mi juventud. Un collar de bochas que me dobló la espalda, hasta dejarme cuadripléjico.

Estoy hablando en sentido figurado, está claro. De haberme convertido en un vegetal no hubiera seguido mandándome todas las cagadas que acumulé, una tras otra. Igual, esa reputación de pendejo mala leche la llevé siempre muy a mi pesar. Porque no es que yo buscara los quilombos, pero pertenezco a esa clase tan común de mortales a la cual los quilombos le llegan solos.

Mis viejos, en una cruzada por enderezarme, echaron mano a cuanto método les arrimaron: ya sea recomendados por profesionales extirpadores de sus flacos sueldos; por consejo de familiares sin otra cosa mejor que hacer que meterse en la vida de los demás; o de última, gualichos pergeñados por curanderas de piernas obesas y surcadas por las várices. En aquellos desesperados intentos de convertirme en una persona decente, recurrieron incluso a instancias superiores: me arrastraron a un viaje de 200 kilómetros a una capilla perdida en el medio del campo, donde un cura sanador atendía a los desahuciados en un escritorio y llenaba sus fichas con una máquina de escribir. Nos volvimos de madrugada en un colectivo interurbano cargando, sobre mis piernas, tres botellas de Coca-Cola llenas de agua bendita, la cual debía tomar todas las noches a razón de medio vaso cada cinco avemarías y diez padre-nuestros. Pasaron tres semanas hasta que dejé vacías las botellas, y sin acusar recibo de ningún milagro, capaz que mis viejos pensaron que el agua estaba vencida o que el cura llenó mal la ficha.

Poco después, probaron con la veta psicológica. Irremediablemente, fallaron las sesiones individuales, las terapias

grupales, la hipnosis y los juegos de rol. Luego de gastar un dineral, de vender el auto y de empeñar los pocos objetos de valor que quedaban en la casa, perdieron las esperanzas en los divanes y pasaron a otra cosa. Cierta vez, me dejaron tres noches en la celda de una comisaría, pensando que la clausura me haría entrar en razones. Fue cuando me encerraron por tener cinco porros y unos gramos de blanca en la mochila. Pasado un tiempo me llevaron un verano completo a Añatuya, a la casa de un tío que manejaba un comedor comunitario, para ver si se me contagiaba lo solidario. Y la lista podría seguir, cansadora.

Lo único que nunca hicieron, en su afán por corregirme, fue levantarme la mano. Eran enemigos absolutos de la violencia física, y a esta altura me pregunto si no fue un error de criterio de su parte no haberme pegado unos buenos sopapos cuando todo lo demás no daba resultado. Me hablaron, me rogaron, me gritaron, me putearon. Finalmente, se resignaron. Y eso sí no lo pude soportar. Uno puede tolerar estoicamente el odio, el amor posesivo, el amor desinteresado, la lástima, el temor, la soberbia, el reclamo; pero nunca la apatía, nunca la indiferencia.

Tengo dos hermanos, los dos mayores que yo. Si la memoria no me falla, uno debe tener 43 años y el otro 40. Buena gente, laburante. También tengo, o tenía, un abuelo que me regalaba caramelos Media Hora cuando le traía los cigarrillos Particulares que me mandaba a comprar. No sé por qué nunca le dije que esos caramelos eran asquerosos. Ahora que fumo también podría decirle

que son asquerosos los Particulares. Tengo, o tenía, un primo de mi edad con el que compartíamos el gusto por los aviones a escala. En los pocos momentos de sosiego, solía entretenerme armando rompecabezas de mil piezas, pero al último que compré lo dejé sin terminar. Y aparte de eso, no mucho más: una habitación al tope de libros y revistas; varias colecciones de rock nacional; una novia con un buen par de tetas y poco culo con la que perdí la virginidad en un polvo desastroso; y dos amigos que llegaban con pizza los sábados por la noche, antes de salir de joda por la zona de los boliches. Para muchos, tener eso es suficiente. A mí no me sirvió.

No fue algo planeado, y el sentido común diría que ese tipo de decisiones se llevan a la práctica después de mucho pensarlas. En mi caso fue todo lo contrario. Un día de semana que ni siquiera recuerdo, en vez de subirme al colectivo para ir a anotarme en Ciencias Económicas, caminé dos horas hasta llegar a una ruta y me subí en el primer auto que paró.

Las playas de Madryn son inabarcables. La pendiente es tan suave que, entre la marea alta y la baja, hay una diferencia de 300 metros de costa. En esos mantos de arena salpicados con ostras y aguavivas, se puede descifrar el sentido del silencio con tan solo sentarse a esperar un barco pesquero. Si no fueron al sur, alguna vez tendrían que hacerlo.

Bogotá también es un lindo lugar, o por lo menos a mí me gustó. Ahí estuve un año y medio, casi dos. Conseguí so-

brevivir levantando bolsas de cal y acarreando ladrillos para una empresa que le hacía trabajos al gobierno. Los capataces nunca me preguntaron nada, solo me decían: “Mueve eso para allá, gringo”, y yo lo movía. Me pagaban por día, lo que les venía en gana. No sé por qué nunca me preguntaron nada. Tampoco sé por qué me decían gringo. En San Cristóbal de Las Casas descubrí que algunas plantas te pueden llevar al paraíso o al infierno. Más tarde, un viejo pura piel y hueso me enseñó que esas plantas son un vehículo, que solo te llevan, nomás. “El cielo y el infierno ya están dentro de uno”. Eso no me gustó.

Aprendí a impermeabilizar techos en San Diego, California, oficio que me permitió comprar un Mustang 74, todo maltrecho, pero con buen motor. En ese auto recorría las largas avenidas bañadas de sol acompañado de Tiffany, una chica de 20 años nacida en Glenwood, un pueblito de Minnesota. Ella soñaba con ser estrella de cine y memorizaba los diálogos de las películas que le gustaban. En la cafetería donde trabajaba, si le dabas un dólar, te recitaba una escena completa de *Cuando Harry conoció a Sally*. Y si le ponías un billete de 20 en el bolsillo del delantal, hacía de Meg Ryan fingiendo el orgasmo.

En el DF me quedé más tiempo, tres años y siete meses. El DF, para los que no lo conocen, no es una ciudad: es el mundo entero metido en un embudo opaco y ruidoso. Pero tiene algo, no sé qué cosa, que te retiene. De a poco, esa mole de cemento va inyectando, en el organismo de aquellos que la recorren, una sustancia tibia que atornilla al suelo. Los que pueden escapar de sus cadenas, no se

mueren sin volver a pisar sus calles saturadas de olores y sonidos. Creo que yo no voy a ser la excepción.

También en México, estuve un par de meses en Ciudad Juárez. Y debo haberme pasado los días encerrado en un frasco o con la cabeza en otro lado, porque no pude ver ningún cadáver tirado en las veredas. El enano Amador, que atendía un puesto de bebidas, me contaba de las muertes, de los tiroteos. Una vez escuché uno, a lo lejos. Eso fue todo.

Cumplí los 30 en Seattle, rodeado de un grupo de argentinos que encontré de casualidad en un bar de los suburbios. José era el más simpático, era ingeniero civil y trabajaba en una empresa de turismo vendiendo paquetes para jubilados con cuentas bancarias abultadas y vidas sin sobresaltos. En esa misma ciudad conocí a Isabel, una ecuatoriana nacionalizada estadounidense, licenciada en Relaciones Públicas y que se ganaba la vida como encargada de un restaurante de comida étnica. Las mejores revolcadas de mi vida las tuve con ella. Cuando acababa, me aprisionaba la espalda con sus piernas y me susurraba al oído: “Chico malo”.

En el puerto de Nueva York, un anciano se me murió en los brazos, un día blanco de invierno en que la nieve llegó a 30 centímetros. “Don’t go”, me suplicaba debajo de las hojas de diario. Me fui cuando dejó de respirar.

Lima es gris. Brasilia es una maqueta a escala humana y hasta los árboles parecen artificiales. Medellín huele a frito y Belmopán, en Belice, a selva.

Pasé y estuve en incontables ciudades más, en pueblos sin

alma, en parajes sin nombre. Nunca me quedé por mucho tiempo en ninguno. Primero pensé que en el mundo no hay un lugar que encaje conmigo. Después me di cuenta que soy yo el que no encaja en el mundo.

Hacía mucho tiempo que no recordaba los sueños. De chico me pasaba lo contrario, al despertar podía relatar con lujo de detalles cada momento, cada situación, ya sea de una pesadilla o de otra circunstancia más amena. La mayoría de las veces soñaba, como les pasa a casi todos, con imágenes sin sentido aparente: me encontraba en un lugar y al rato ya estaba en una dimensión distinta, con personas distintas y sin ningún tipo de vínculo. A veces soñaba que me caía. A veces que volaba.

Anoche soñé con el verano. Y con una parra de uva chinche. En el sueño hacía mucho calor. En una mesita de piedra que estaba a la sombra de la parra, transpiraba una botella de vermú, y unas cazuelas con maní y aceitunas estaban a medio terminar. Un hombre, de espaldas, tarareaba una música. Yo no participaba, más bien miraba todo desde afuera, como un espectador que no puede hacer nada ante lo que está por suceder. De pronto, una persona sin rostro se le acerca a la figura de espaldas, le dice algo al oído y desaparece sin más. El hombre que estaba sentado se pone de pie, siempre sin darse vuelta, y termina el vaso de vermú que se había servido. Se lleva una aceituna a la boca, mastica un rato, y escupe el carozo. Después se cubre la cara con ambas manos, y se pone a llorar como un chico.

Después me desperté.

Cuando uno emprende viaje, sabe que de alguna manera no va a volver. Pero también sabe que nunca se va del todo.

Los campos sembrados de soja. Las banquetas sembradas de soja. Todo sembrado de soja. Los puentes angostos en rutas peligrosas. Los baches enormes que obligan al volantazo. Los carteles de chapa vendiendo gaseosas con sabor a lima-limón. Las recomendaciones para evitar incendios forestales. Las vacas lecheras y el olor a tambo que se pega en la nariz. Los bañados y sus bordes blancos de salitre. Los alambrados. Los molinos sin aspa. Los molinos con aspa. Los tanques australianos. Los pueblos a la vera de las rutas. Los pueblos con su movimiento cansino. La gente de esos pueblos que todavía deja la bicicleta sin candado y las puertas de sus casas sin llave. El cielo cargado de nubes. El cielo despejado. Las cabinas de peaje en trazados asesinos. Las chicas. Hermosas, como en ningún otro lugar del mundo, las chicas. Salvo en Panamá capital. Las colas en las estaciones de servicio. El olor a bosta de los camiones ganaderos. El preludio de los techos de chapa. Un pozo con una nube de smog que lo sobrevuela. Grande, el pozo. Grande, la nube de humo.

¿Veinte años no es nada? ¿El amor es más fuerte? ¿Más fuerte que qué? ¿La gente se olvida? ¿La sangre perdona? ¿Las personas cambian? ¿Los tiempos cambian? ¿El tiempo te cambia? ¿Queda tiempo?



Muchas preguntas. Brotan, las preguntas. Todas juntas, las preguntas. Y afiebra este sol de siesta de verano con tantas preguntas, y claro que es lógico que eso pase, era lo esperable, era una fija que así sea, cuando estoy parado bajo una parra de uva chinche, frente a la puerta de casa, a punto de tocar el timbre, y en segundos más tendrán sus respuestas, una por una.

Las preguntas.









Se imprimieron 400 ejemplares de este libro  
en el mes de junio de 2012 en Editorial Copiar  
(Entre Ríos 2075, Córdoba, Argentina)  
[editorialcopiar@arnet.com.ar](mailto:editorialcopiar@arnet.com.ar)



Libro es información,  
es imaginación,  
es cultura.

Libro es mundo,  
es olor a papel y tinta,  
es libertad.

Libro que vuela  
y se posa en la terraza  
para hacer su nido.



En Ediciones de la Terraza editamos libros de esos que te llaman desde los estantes. Libros que comenzás a disfrutar desde el momento en el que lo empezaste a hojear. Libros que entretienen desde su lectura y desde su aspecto visual. De esos que querés que todos vean que lo tenés para que también quieran tenerlo. La lectura comienza con la curiosidad y el deseo.

Editamos libros en papel y en versión digital. Porque un libro es un ser libre que busca llegar a todos de todos modos.

Porque está bueno sentir el olorcito a tinta, pero también queremos aprovechar las posibilidades que ofrecen las nuevas tecnologías.

El libro es cultura que circula de mano en mano pero también de muchas otras formas.

Editamos libros sin ataduras de ningún tipo. Apostamos a la cultura libre para crear lectores libres.

El registro de nuestras ediciones será siempre bajo alguna de las licencias Creative Commons. Escritores e ilustradores podrán ver circular sus obras sin restricciones para su difusión. Los lectores podrán sentirse libres de compartir legalmente las obras.

Subí a la terraza y mirá todos esos libros libres que vuelan a tu alrededor.

“En Historia, yo sería lo que se llama un tapado. No figuro en los libros. Nadie me menciona. Ni siquiera aparezco en esos índices de referencias que suelen agregar ahora en las páginas finales de los textos revisionistas.

No estoy en boca de la gente en las conversaciones sobre el tema.

No existo.

Pero yo soy. Y sobre todo, fui”

“El hecho de contar lo que van a saber ahora configura, probablemente, un acto de traición. Quiero dejar en claro que esta introducción no tiene mayores aspiraciones que la de un simple comentario. No es mi intención ponerme en el papel de mártir, ni que me piensen como una delatora. Se trata, simplemente, de echar todas las cartas sobre la mesa”

Una muerte, una revelación y un acontecimiento que cambiaría la historia de un país. Con estos componentes se presenta “Temblor”, el relato que da apertura a este libro.

“25 días”, “Ausencias”, “Cadenas”, “Coraje” y “Pasaje abierto” completan la primera obra del escritor y periodista Fabricio Esperanza.

Con calidad narrativa y descriptiva, el autor se pone en la piel de múltiples y variados personajes que nos trasladarán a escenarios impensados o nos conectarán íntimamente con experiencias de nuestras vidas.

ISBN 978-987-28164-0-7



9 789872 816407



Ediciones de la Terraza  
[www.edicioneslaterraza.com.ar](http://www.edicioneslaterraza.com.ar)

